

Nuestra apreciación de la parte que María Teresa ha tomado en el crimen del reparto podrá parecer demasiado severa. Creemos de buena fe que la emperatriz ha tenido escrúpulos y remordimientos. Hay algunas explosiones de dolor que la hipocresía no alcanzaría á explicar, si no hubiera un sentimiento verdadero. Un día dijo al ministro de Suecia: «El asunto de Polonia me desespera.» Habiendo respondido el ministro que los soberanos no debían cuenta más que á Dios, María Teresa se levantó precipitadamente y exclamó: «Pues á él es á quien temo.» Pero ¡hay en el catolicismo tantos medios de entenderse con el cielo! La emperatriz se consoló, dice un escritor contemporáneo, pensando que los polacos, católicos fervientes, estarían mejor bajo el régimen de una potencia católica que si hubieran caído bajo el yugo de un rey hereje ó de una emperatriz cismática (1). Por nuestra parte, preferimos la incredulidad de Federico á una fe que sólo sirve para encubrir el crimen.

§ IV.—Las potencias occidentales.

Hay espíritus descontentadizos ó cegados por la preocupación que niegan el progreso de los sentimientos morales, y que dirían, como Horacio, que nosotros somos peores que nuestros padres, y que nuestros descendientes han de valer menos que nosotros. La historia desmiente en todas sus páginas tan falso concepto; demuestra que nuestra moralidad va mejorando lo mismo que nuestras ideas, que el hombre se perfecciona por completo y no en tal ó cual de sus facultades. No conocemos prueba más patente de esta consoladora verdad que el crimen cometido respecto de Polonia. En el siglo XVIII pasó casi desapercibido; en el siglo XIX subleva la conciencia general. Como el atentado estaba en armonía con la política dominante del poder real, fué posible y se llevó á cabo sin más resistencia que la de los heroicos Polacos. Hoy puede afirmarse que este crimen sería imposible; ni siquiera los reyes

(1) DOHM, *Denkwürdigkeiten*, t. I, p. 438.

concebirían semejante idea, ó, si acaso se les ocurriera tal veleidad, retrocederían ante la reprobación de la opinión pública, que hoy tienen en cuenta y temen los más poderosos.

En el siglo pasado los pueblos no tenían aún voz en los negocios políticos; los reyes solos ocupaban la escena. ¿Qué dijeron los reyes del golpe de mano de las potencias del Norte? Federico II nos dice que tuvieron envidia (1). Ni uno solo pensó ni siquiera en hacer una de esas protestas que nada cuestan á la diplomacia, y que, por muy vanas que parezcan, dejan al menos á salvo el porvenir, sosteniendo el derecho ante el hecho que lo viola. Y mucho menos aún se pensó en ninguna tentativa para impedir el crimen. Nada más natural que los sentimientos que Federico atribuye á la Europa monárquica. No había príncipe en el siglo XVIII que no hubiese tomado parte en algún proyecto de reparto; ¿cómo habrían de desaprobarnos los reyes lo que ellos á su vez hubiesen hecho, si la ocasión les hubiese sido favorable? La única doctrina política que profesaban era la del equilibrio. Y las tres potencias del Norte invocaban el equilibrio para justificar el reparto. El equilibrio no ha sido nunca más que un pretexto ó un arma de guerra. Las potencias occidentales hubieran necesitado el sentimiento del derecho de que carecían, para pensar en protestar contra el reparto de la Polonia.

En el siglo XIX esta indiferencia general se ha convertido en motivo de graves acusaciones contra las dos potencias que hubieran debido salir á la defensa de una nación hollada por la fuerza. Unos acusan á Francia, otros á Inglaterra, y hay quien dice que ambas potencias fueron igualmente culpables. Detengámonos un momento en estas recriminaciones; no solamente sirven para esclarecer los hechos, sino que revelan un progreso en el sentimiento de la justicia que consignamos con gusto para consolarnos de los abusos de la fuerza que manchan la historia del poder real. Escuchemos primeramente á un hombre político, que parece extraño entre los defensores de la Polonia. En un informe de Talleyrand al emperador, de 28 de Enero de 1807, se lee: «De todas las faltas del antiguo gobierno de Francia la más imperdonable,

(1) FEDERICO II, *De lo que ha sucedido desde 1774*. (Obras, t. VI, p. 113.)

porque ha sido la más funesta, fué el consentir, como lo hizo, con imprevision inconcebible, el primer reparto de la Polonia, que tan fácilmente hubiera podido impedir. Sin este primer reparto, los otros dos no hubieran podido llevarse á cabo. La Polonia existiría todavía, su desaparicion no hubiera dejado un vacío, y la Europa se hubiese evitado las sacudidas y las agitaciones que la han atormentado incesantemente en estos últimos diez años» (1). El ministro de las relaciones exteriores no insiste más que sobre el interes político; éste es su papel. Pero nosotros preguntaremos: ¿cómo es que en el siglo XIX, un diplomático, que no brilla precisamente por la moralidad, ha echado de ver tan claramente el interes que tenía la Europa en la conservacion de la Polonia, siendo así que en el siglo anterior no lo echaron de ver los gabinetes? ¿No consistirá en que la conciencia, muda cuando se cometió el crimen, se ha despertado más tarde y adquiere cada dia nuevas fuerzas?

En 1763 el ministro de negocios extranjeros leyó en el consejo de Luis XV una memoria en que se preveía la eventualidad de un desmembramiento, y demostraba que aquel reparto no afectaba á la Francia (2). No debe, pues, admirarnos que la córte de Versalles recibiera impasible la noticia del atentado. Se cuenta sin embargo que Luis XV lo deploró y exclamó: «No hubiese yo recibido esta afrenta si Choiseul hubiese continuado aquí.» Se propuso, segun se dice, invadir los Países-Bajos; otros dicen que la Francia ofreció á la Inglaterra unirse contra las invasiones de las córtes del Norte. Sea de esto lo que fuere, aquellas veleidades de resistencia no dieron resultado alguno (3). Luis XV era hombre de buen sentido, pero tenía el corazon corrompido; la inercia, resultado de sus desórdenes, pudo más que su primera resolucio-

El papel que desempeñó la Inglaterra en el asunto del reparto fué tan nulo y más despreciable aún que el de la Francia. Cuando las tres córtes copartícipes comunicaron su tratado al gabinete de

(1) *Relaciones escogidas*, t. XIX, p. 340.

(2) SAINT-PRIEST, *El reparto de la Polonia*. (*Revista de Ambos Mundos*, 1849, t. IV, p. 43.)

(3) SISMONDI, *Historia de los Franceses*, t. XVII, p. 293.—SCHOELL, *Curso de historia*, t. XXXVIII, p. 156.

Londres, Jorge III respondió: «El rey supone que las tres córtes están convencidas de la justicia de sus pretensiones respectivas, por más que Su Majestad no se halle enterado de los motivos de su conducta» (1). Esto es peor que la indiferencia, es una aprobacion del crimen. Ocurre preguntar cómo han podido los ministros ingleses poner en boca de su rey semejante respuesta. Había por medio un interes mercantil. Inglaterra acababa de hacer con Rusia un tratado de comercio muy ventajoso para ella; le importaba más su negocio que la existencia de Polonia. Cuando su lucro se vió amenazado, volvió á encontrar su energía y su altanero lenguaje. Federico II quería que se le adjudicase Dantzig; la córte de Londres amenazó con una intervencion si se ponian obstáculos á su comercio en el Vístula. Hé aquí como el interes del momento cegó á los ingleses acerca del peligro que amenazaba á la Europa, y por consiguiente, hasta á su querido comercio, si la Rusia se apoderaba de Polonia.

Con razon los publicistas ingleses acusan á su gobierno de impericia y de traicion: «Nada hubiera sido más fácil, dice *Mackintosh*, que impedir el reparto. No tuvo lugar súbitamente; pasaron años en las negociaciones acerca de las partes que habian de adjudicarse á cada una de las córtes; surgieron dificultades entre los copartícipes, como sucede generalmente entre bandidos que se reparten el botín. Cuando los bandidos riñen, las gentes honradas deben sacar partido de su discordia. La Inglaterra y la Francia hubieran tenido á su favor á todos los príncipes, porque todos estaban igualmente amenazados por un atentado que dejaba la suerte de las naciones á merced de la fuerza» (2). La historia no será nunca demasiado severa con un crimen tan odioso; debe condenar y reprobar la indiferencia y el egoismo que consienten el crimen, lo mismo que la audacia que lo consuma. El verdadero culpable no es Federico, ni Catalina, ni María Teresa: es el poder real.

(1) RAUMER, *Beiträge*, t. IV, p. 501.

(2) EDINBURGH REVIEW, *Selecciones*, t. IV, p. 42.